

## **El rol social del arquitecto en la academia: una alternativa al diseño de elite**

Dra. Omayra Rivera Crespo

### **Resumen**

Inspirados en los postulados de que la observación de la vida en las ciudades y el diálogo con sus residentes son herramientas de estudio y de diseño esenciales, comenzaron a fundarse talleres de diseño comunitario o diseño social en las escuelas de arquitectura de Estados Unidos a principios de la década de 1960. Igualmente, los estudiantes de arquitectura de América Latina comenzaron a clamar por una educación con responsabilidad social, influenciados por las protestas estudiantiles que se llevaron a cabo en mayo del 1968 en Francia. ¿Qué repercusión han tenido estos talleres en el diseño de ciudades? ¿Han creado conciencia en los arquitectos y se han traducido en diseños más democráticos y afines con las necesidades de los habitantes? El propósito de este estudio es visibilizar metodologías de enseñanza que promueven un diseño arquitectónico centrado en los habitantes. A su vez, explorar la trascendencia de esta educación y su posible efecto en el entorno construido. Para efectos de este artículo se hará referencia a fuentes bibliográficas y a entrevistas con estudiantes, profesores y/o residentes de diversas comunidades vinculadas a dos casos de estudio en Puerto Rico: el Taller de Diseño Comunitario y el Taller de Diseño Colaborativo. Los hallazgos se fundamentarán en estos casos, que han sido iniciativas individuales y no parte de un plan estratégico institucional.

### **Aprendiendo a diseñar fuera del taller de arquitectura**

*“Participation is the space in which hope is negotiated. What is clear is that this hope refers not just to a better future for the users of the built environment, but also to a better future of architectural practice.”* (Till, 2005)

Los talleres de diseño comunitario ofrecen una alternativa al diseño de estructuras icónicas, representativo de los arquitectos estrella, priorizando el bien común y el esfuerzo colectivo. Sin embargo, el reconocimiento y el apoyo que se les ha dado por parte de las universidades y las administraciones públicas es poco. En la década de 1960 del pasado siglo se crearon los primeros programas de diseño comunitario en escuelas de arquitectura y planificación urbana de Estados

Unidos. Entre ellos destacan el de Pratt Institute (1963), el del arquitecto Henry Sannoff en North Carolina State University (1966), y los de reconocidas universidades como Harvard y Massachusetts Institute of Technology (MIT) (1969) (Hardin y Zeizel 2005). Estos se fundan por la necesidad de que las comunidades que carecen de recursos económicos e influencia política puedan tener acceso a ayuda técnica y de diseño para mejorar su entorno y, por tanto, su calidad de vida. También, por la influencia de libros como *The Death and Life of Great American Cities* (1961) escrito por la teórica del urbanismo Jane Jacobs y que critica la planificación urbana que no toma en cuenta como realmente se utilizan los espacios en la ciudad y las comunidades. No obstante, muchos de los programas no subsistieron y no fue hasta la década de 1990 que resurgió el interés por incluir en el currículo universitario talleres de diseño al servicio de las comunidades marginadas. Un ejemplo de esto es Rural Studio (1993), fundado por el arquitecto Samuel Mockbee en la Universidad de Auburn en Alabama y uno de los más reconocidos por sus originales soluciones de diseño y construcción con materiales reciclados (Ilustración 1). Es pertinente preguntarse a qué puede deberse el éxito o el fracaso de este tipo de talleres, cómo pueden estar relacionados a momentos de necesidad y crisis económica, qué metodologías educativas se utilizan para involucrar a los estudiantes y participativas para involucrar a los habitantes de las comunidades, cuáles son sus logros y los retos a los que se han enfrentado y, al día de hoy, cómo son representativos en la academia del rol social del arquitecto.

Según Anthony Schuman (2006) *“The successive design trends of the past 30 years, although enriching the design palette in formal terms, have reinforced a narrow spectrum of architecture practice focused on the elite designer and the signature building.”* Tomando esto en cuenta, si existe la posibilidad de que los educadores perpetúen la visión de que la arquitectura es sólo lo que se ve en revistas y postales, los estudiantes de arquitectura continuarán añorando graduarse sólo para realizar obras icónicas, para convertirse en estrellas de la profesión, sin considerar la manera en que se habitan los espacios y las necesidades de sus habitantes. Esto a pesar de que existen muchas comunidades con necesidad de expertos en temas de diseño que los ayuden a subsanar sus carencias de espacios de uso común, de calidad y viviendas dignas, y a convertir sus ideas y aspiraciones en proyectos concretos. En un taller de diseño comunitario se puede llevar a cabo un intercambio de conocimiento de manera que existe un beneficio mutuo, entre estudiantes y residentes. Por ello, más que un taller con participación

ciudadana es un taller de colaboración, es decir, de trabajar no **para** sino **con** la comunidad. Los estudiantes pueden tener la experiencia de trabajar directamente con el potencial usuario de los espacios que diseñen y en ocasiones ver parte de su diseño construirse, aunque sea una pequeña aportación. Los residentes pueden tener, desde un plan que pueden desarrollar con el tiempo o conseguir fondos para su realización, hasta esa pequeña aportación. Ambos se empoderan del conocimiento y los residentes se empoderan de sus espacios habitables y tienen la capacidad de mantenerlos y protegerlos. La importancia radica en el proceso, por encima del producto, y cada pequeña aportación es un gran paso para que más personas puedan vivir en mejores condiciones. Es fundamental que esto sea reconocido por las escuelas de arquitectura, promoviendo la responsabilidad social de los futuros arquitectos. De esta manera “...students become knowledge producers rather than knowledge consumers and learn to take **responsibility for their own education and learning.**” (Bose y Horrigan, 2014) Asimismo, en un taller de diseño comunitario los residentes tampoco son tratados como meros consumidores si no como colaboradores que aportan a la formación de diseñadores más sensibles y comprometidos con el medio ambiente, el entorno construido y sus habitantes.



Ilustración 1: Línea de Tiempo de Talleres de Diseño Social y sus influencias

## Nuevos principios educativos ante un enfoque social

*“Such practices become essential aspects of a larger iterative community-engaged design "process" that also promotes community participation at every turn and aims to transform architecture (and architects) from being about object making to being about community building.”* (Bose y Horrigan, 2014)

Desde la década de 1920 Le Corbusier, en una serie de artículos publicados en la revista *Esprit Nouveau* y que se recopilaron luego en el libro *Vers une architecture* (1923), y el resto de los arquitectos que se reunieron en los Congrès International d'Architecture Moderne (CIAM) (1928-1959) plantearon la necesidad de que la arquitectura cumpliera una función social. En ese momento era necesario diseñar viviendas que alojaran a las personas que emigraban del campo a la ciudad para trabajar en las fábricas y a las personas cuyos hogares fueron destruidos durante las guerras mundiales. Igualmente, era necesario pensar en una ciudad que solucionara equitativamente las necesidades básicas de todos los habitantes de habitar, trabajar, recrearse y circular. En el décimo CIAM varios arquitectos, que apoyaban ese deber social pero que también reivindicaban la importancia del contexto inmediato a lo que se construye y del sentido de pertenencia de las personas con los espacios que habitan, fundaron el grupo que sería conocido como el TEAM 10 (1956). El arquitecto Giancarlo De Carlo, que formaba parte del TEAM 10, enfatizaba a su vez en la importancia del diálogo con las personas que habitan o habitarán los espacios que se diseñen. Sin embargo, no fue hasta a década del 1960 que estos discursos se tomaron en cuenta en la educación de los arquitectos.

El Programa de Educación Comunitaria del Pratt Institute en Nueva York fue el primero de este tipo en Estados Unidos (Ilustración 2). Iniciado por George Raymond en 1963 era un proyecto de educación para adultos en colaboración con el Departamento de Planificación Regional y Urbana. Sus principios, que continúan en el Centro para el Desarrollo Comunitario de Pratt, se basan en la equidad (derecho a espacios abiertos, transportación pública y viviendas asequibles), sostenibilidad (creación de vecindarios autosuficientes), el conocimiento local (importancia de la democracia participativa) y la economía diversa (asegurar variedad de oportunidades laborales). Como parte de su misión el centro ofrece asistencia técnica, empodera a las comunidades de Nueva York de medianos y bajos ingresos para que puedan tomar

decisiones con relación a temas como planificación urbana y política pública, y aboga por sus derechos. También, ha llevado a cabo proyectos de restauración de estructuras y lotes abandonados para que estas se conviertan en viviendas, escuelas, centros comunitarios y parques. Aunque el programa no es parte del currículo universitario forma parte de la institución y muchos estudiantes realizan sus prácticas en el mismo.



Ilustración 2: Programa de Educación Comunitaria del Pratt Institute

Desde otra perspectiva, el Taller de Autogobierno fundado en 1972 y que continúa con el Taller Uno en la Universidad Autónoma de Méjico, establece como objetivos la totalización de conocimientos, el diálogo crítico, el conocimiento de la realidad nacional, la vinculación al pueblo, la praxis y la autogestión (Ilustración 3). El contenido de la enseñanza se divide en tres áreas básicas de conocimiento: la teoría, el diseño y la tecnología. Los estudiantes que han participado en el mismo comprenden las repercusiones sociales, políticas y económicas de sus decisiones como diseñadores en un contexto determinado, desarrollan un juicio crítico comprobando la teoría con la práctica, y a la vez, una autonomía de pensamiento y actuación. De esta manera, los futuros arquitectos se encuentran al servicio de los más desventajados mientras aprenden de la experiencia, conscientes de la realidad del país. Los estudiantes y profesores del Taller, desde sus principios, han clamado por la autonomía universitaria y la democratización de la enseñanza, libre de imposiciones totalitaristas que promueven una educación del diseño con trabajos hipotéticos y la visión del arquitecto únicamente como empresario. (Arias Montes, 2012)



Ilustración 3: Estudiantes del Taller de Autogobierno reclaman sus derechos

Rural Studio, fundado por Samuel Mockbee en Alabama en 1993 y cuyo director actualmente es el arquitecto Andrew Freear, concentra sus esfuerzos en la construcción comunitaria (Ilustración 4). Con la filosofía de que todos, ricos y pobres, tienen derecho al buen diseño, los estudiantes trabajan con las comunidades buscando soluciones para mejorar condiciones habitacionales y levantando fondos para construir estructuras de calidad afines a sus necesidades. Esto lo hacen en varios semestres y varias etapas, lo que ayuda a que aprendan diferentes aspectos del proyecto. Freear (2012) expresa que también es importante “...*to figure out what are the right questions to ask about a project or situation as well.*” De esta manera los estudiantes también comprenden lo que debería ser construido en lugar de lo que podría ser construido. Además del intercambio de conocimientos y experiencias con los residentes, comprenden cómo un proyecto puede pasar del papel a la realidad. Bajo la dirección de Mockbee los estudiantes trabajaban con materiales reciclados y soluciones únicas mientras que el enfoque de Freear es más pragmático, con materiales perdurables y soluciones replicables.



Ilustración 4: Construcción en proceso de Rural Studio

Los tres programas antes mencionados concurren en la necesidad de que los estudiantes salgan a la calle, trabajen en proyectos reales y al servicio de las comunidades. Sin embargo, el de Pratt Institute se centra en la práctica, con fines educativos, de la planificación urbana y delineación de política pública con los residentes; el Taller de Autogobierno en los derechos de los alumnos de tomar las riendas de su educación centrada también en la responsabilidad social; y el de Rural Studio en concretar proyectos de manera que los estudiantes definan una tectónica en términos de poesía de la construcción en un contexto y una cultura particular. Sería meritorio explorar cómo las tres aproximaciones pueden converger y en qué beneficios esto podría redundar en la educación de los arquitectos y en el futuro de las ciudades.

## Casos de estudio

### **1. De lo teórico a lo práctico: Taller de Diseño Comunitario en la Universidad de Puerto Rico**

Aunque el arquitecto y planificador urbano Edwin R. Quiles Rodríguez se dedica a la práctica del diseño comunitario y participativo desde finales de la década de 1960, coincidiendo con el inicio de los talleres de diseño social en las escuelas de arquitectura en Estados Unidos, no fue hasta finales de la década de 1990 que obtuvo el aval del entonces decano de la Escuela de Arquitectura de la Universidad de Puerto Rico, el arquitecto John Hertz, para fundar el Taller de Diseño Comunitario. El Taller se fundó oficialmente en el año 1998 como parte de una petición del decano Hertz para organizar un curso de práctica profesional que Quiles enfocó como una

práctica comunitaria (Ilustración 5). Sin embargo, desde mediados de la década de 1970, los estudiantes de sus cursos de diseño trabajaban en proyectos con diferentes comunidades de Puerto Rico. En 1999 se unió a esta iniciativa el arquitecto Elio S. Martínez Joffre, que comenzó a dirigirla en el año 2005 hasta el 2012. Desde entonces arquitectos y profesores como Andrea Bauzá, Lucilla y Tom Marvel y Ricardo Medina han formado parte, pero hoy por hoy su destino es incierto.

Según la socióloga, Dra. Liliana Cotto Morales (2009) *“Conceptuados en la última década del siglo XX e institucionalizados como programas curriculares en la primera década del siglo XXI, proyectos como estos, se ubicaron dentro del campo teórico de la sociedad civil y/o de los movimientos sociales y apuntaron a una redefinición de la responsabilidad social de la Universidad.”* Esto se enmarca en la crisis del estado benefactor (welfare state) como medio para enmendar las desigualdades del sistema económico capitalista y la búsqueda de soluciones neoliberales como la privatización y el “mercado libre” en Puerto Rico. Sincrónicamente, se enmarca con la defensa del apoderamiento de las comunidades y la democracia participativa como solución a esta crisis, donde se posicionó el Taller como facilitador. Por tanto, el trabajo producido en el Taller de Diseño Comunitario se convirtió, principalmente, en una herramienta de negociación y tarjeta de presentación para las comunidades en búsqueda de mejorar sus condiciones de vida. Más aún luego del paso del huracán Georges (1998) en la isla que, dejando a cientos de personas sin hogar, también dejó al descubierto la necesidad imperante de que los arquitectos pudieran colaborar con los grupos desfavorecidos en la reconstrucción.

Según el profesor Quiles (2009), la misión del taller *“...es sobre todo educar, capacitar a la ciudadanía para asumir mayor responsabilidad en el diseño y el manejo de su entorno, además de capacitar y sensibilizar a los futuros profesionales a los saberes, necesidades y estilos de vida de los “otros”, trabajar con los usuarios y hacerlos partícipes de los proyectos.”* (p.6). Esto puede compararse a los principios de Pratt Institute, de trabajo con las comunidades, y a los objetivos del Taller de Autogobierno, de concientizar a los estudiantes. No obstante, también es parte del comienzo en Puerto Rico de una toma de conciencia, en este caso de los estudiantes de arquitectura, ante un modelo en picada de una democracia que sólo se practica mediante la elección de un poder administrativo, que toma decisiones sin ofrecer soluciones viables para los más necesitados y aumenta la brecha entre la academia y el mundo laboral.



La arquitecta Irmariis Santiago, que fue pieza clave en la fundación del Taller de Diseño Comunitario asistiendo en la cátedra como estudiante de maestría, expresó en una entrevista que decidió participar en el mismo porque “...*entendía que [su] experiencia de vida, por ser nacida y criada en una comunidad [de bajos recursos], debía ser vivida por otras personas interesadas en el tema.*” Esta experiencia la ayudó a asumir el rol de alumna, educadora y residente, transmitiendo su conocimiento innato a sus alumnos, pero también a sus compañeros y profesores. Sus expectativas eran “*que realmente se cumpliera el objetivo de llevar a través de la educación la experiencia comunitaria y la compleja realidad de nuestras comunidades.*” Por esta razón, realizó su proyecto final de carrera en su propia comunidad, presentándolo y recibiendo el insumo de sus vecinos y de sus profesores simultáneamente. Su evaluación final se llevó a cabo ante la misma comunidad provocando que tanto los profesores como los compañeros salieran del aula y se enfrentaran a esa realidad. Irmariis Santiago, desde entonces, nunca dejó de trabajar en las comunidades y como profesora continúa transmitiendo su experiencia y lo aprendido.

El arquitecto Ricardo Curet, que estudió en el Taller de Diseño Comunitario casi diez años después de su fundación (2008), explicó en la entrevista que aprendió que “...*más allá de un buen diseño hay seres humanos con mucha necesidad. A través del trabajo comunitario como arquitecto también haces un trabajo social.*” En ese momento, en la Escuela de Arquitectura de la Universidad de Puerto Rico, el énfasis en la educación seguía centrando en el diseño de estructuras llamativas y sin limitaciones presupuestarias. Tanto el diseño de interés social como el que se hace para una cliente o corporación pública o privada se ciñe a un presupuesto, en ocasiones limitado, y no por esto debe dejar de ser un buen diseño. Además de armonizar con un contexto determinado debe responder a la cultura y las necesidades de los usuarios. Ricardo Curet expresa que el Taller lo “...*ayudó a iniciar una formación como arquitecto comunitario. Terminé la maestría con una tesis en tema comunitario. Luego, al salir al campo laboral inicié trabajo de diseño comunitario en el área de San Juan.*” Solo lamenta no haber podido “*llevar a cabo un proyecto hasta su construcción*”.



Ilustración 5: Presentación de una estudiante del Taller de Diseño Comunitario

Son cientos los proyectos que se diseñaron en el Taller de Diseño Comunitario, que asume una responsabilidad compartida con las comunidades con las cuales ha trabajado. Entre ellos: proyectos de dotaciones culturales y educativas, en lugares de sensibilidad ecológica, de espacios recreativos, de sedes de investigación y divulgación, de arte público, de vivienda y desarrollo de comunidades, para personas con necesidades especiales, de diseño urbano, con instituciones de servicio, de desarrollo económico comunitario, y de capacitación comunitaria, profesional y asesoría. Sin embargo, sólo siete de estos se han podido construir. La ayuda que obtuvo Quiles de la administración gubernamental mientras dirigió el Taller, según menciona en una entrevista, fue cuando hicieron “...*proyectos de consultoría bajo práctica para intramural*”, y con eso pagaron “...*materiales de oficina y ayuda secretarial a tiempo parcial*”. En parte, es compromiso de las comunidades darles seguimiento y viabilizar los proyectos buscando acuerdos con instituciones y fondos, pero esto se convierte en una labor cuesta arriba sin un apoyo económico y de implementación de política pública de la administración estatal o municipal de turno.

## **2. Diálogo con los habitantes y construcción participativa: Taller de Diseño Colaborativo en la Universidad Politécnica de Puerto Rico**

El Taller de Diseño Colaborativo (TdDC) comenzó en el año 2012 y se ha realizado con voluntarios de diversas disciplinas y con estudiantes de la Escuela de Arquitectura de la Universidad Politécnica de Puerto Rico. Se centra en el diseño de espacios de uso común en

comunidades de Puerto Rico y en colaboración con sus habitantes. Tal como es el caso del Taller de Diseño Comunitario, los estudiantes que participan aprenden de la experiencia de las personas con las que colaboran, residentes de la comunidad, y toman en cuenta sus necesidades y aspiraciones para hacer propuestas que los ayuden a mejorar o transformar espacios que en ocasiones están abandonados o en decadencia. Al mismo tiempo, los residentes de la comunidad aprenden del conocimiento técnico y de diseño de los estudiantes de manera que puedan continuar manteniendo y desarrollando estos espacios. Así, residentes y estudiantes, colaboran en el diseño y construcción de espacios que reflejan la identidad de la comunidad. Como provocación, se utiliza el concepto "colaboración" que, a diferencia del concepto "participación", sugiere igualdad de condiciones en el trabajo a realizar por todos los involucrados, y el proyecto que se desarrolla no es sólo para la comunidad, sino que se hace con la comunidad. Esto reafirma el sentido de pertenencia de los residentes y el rol social del arquitecto.

Teniendo esto en cuenta, los estudiantes del TdDC deben **observar** cómo se habitan los espacios de la comunidad en la que trabajen para descubrir patrones de comportamiento de los residentes y su relación con las cualidades que tengan estos espacios, basándose en las teorías de Lenguaje de Patrones (1977) del arquitecto austriaco Christopher Alexander. Luego, deben diseñar un proceso de **diálogo** o interacción con los residentes para conocer sus necesidades e ideas e intercambiar información sobre los espacios, estudiando metodologías como las utilizadas por los arquitectos Giancarlo De Carlo y Henry Sannoff. Este proceso debe ser interactivo, inclusivo, con imágenes, e incluso lúdico para que el mayor número de personas se involucre. Después de obtener el insumo de los residentes, los estudiantes deben realizar propuestas de **diseño**, consultando cada idea con los residentes. Finalmente, deben **construir** parte del proyecto junto con la comunidad, inspirados en el trabajo de arquitectos como Hassan Fathy y Samuel Mockbee. Esta metodología basada en la observación, el diálogo, el diseño y la construcción con la comunidad ayuda a salvar la brecha que muchas veces existe entre la academia y la práctica. La diferencia con el Taller de Diseño Comunitario consiste en que los estudiantes deben diseñar el proceso de diálogo con la comunidad y que deben construir una intervención, aunque sea mínima. Construir ayuda a que los estudiantes aprendan sobre el uso de los materiales y su ensamblaje y, en conjunto con el desarrollo de proceso participativo, convergen principios similares a los de Pratt Institute, el Taller de Autogobierno y Rural Studio.

En el primer proyecto (2012), voluntarios y estudiantes de arquitectura y otras disciplinas desarrollaron un proceso participativo utilizando fotomontajes, íconos, palabras clave y entrevistas para ayudar a los residentes de la comunidad de Buena Vista, Santurce a comunicar sus necesidades. Como resultado, pintaron junto a los residentes todas las casas de una de las calles escogidas, construyeron mobiliario urbano específico para el sitio y crearon un jardín, en un lote que solía ser un basurero clandestino, con materiales reciclados. En el segundo proyecto, ya como parte de un curso oficial de la Universidad Politécnica de Puerto Rico, los estudiantes ayudaron a los residentes de la comunidad de Alto del Cabro a mejorar un espacio en ruinas, que ya se había convertido en una pequeña cancha utilizada por los jóvenes, y un espacio baldío (Ilustración 6). Para ello realizaron un proceso que incluyó una pizarra donde los residentes escribían sus aspiraciones con respecto al vecindario y un rompecabezas con el que identificaban oportunidades para su desarrollo. En el tercer proyecto, se desarrollaron propuestas para rehabilitar un puente abandonado por donde pasaba el antiguo tren de Puerto Rico y que resaltara como un portal, punto de referencia histórico y lugar de reunión. Se realizó un proceso en la comunidad de Tras Talleres que consistía en una línea de tiempo, en la que los residentes incluían recuerdos del tren, y un mapa, en el que identificaban los distritos, bordes, senderos, nodos e hitos cerca del puente. Finalmente, se pintaron varios murales con artistas de la comunidad. Como parte del cuarto proyecto, los estudiantes ayudaron a habilitar una estructura abandonada que pronto se convertirá en el Centro Cívico de la comunidad de Machuchal. Desarrollaron un proceso dividido en cuatro estaciones lúdicas en las que los residentes expresaban sus ideas con relación al Centro, y realizaron una maqueta con piezas intercambiables para explorar diferentes opciones de diseño. Construyeron una puerta y una pared con botellas de vidrio recicladas. El quinto proyecto, consistió en habilitar otra estructura abandonada que se convertirá en el Museo de la Memoria de Tras Talleres. Luego de un proceso de preguntas, que formaba parte de un juego de dominó agrandado, los estudiantes diseñaron y construyeron una puerta icónica y habilitaron la fachada.

La descripción de estos proyectos es importante porque ejemplifica como cada proceso participativo fue diseñado de acuerdo con la situación y particularidades de cada comunidad. Uno de los estudiantes del TdDC indicó en una entrevista que participó en el mismo porque le gusta ayudar en cuanto les sea posible y porque entiende “...*que uno como arquitecto tiene el rol*

*de ayudar a dar forma al entorno que nos rodea. La labor comunitaria es una manera de cumplir con ese rol al mismo tiempo que sirve como herramienta para educar y crear consciencia en las personas que conforman la comunidad.”* Es importante su señalamiento de ver el diseño colaborativo como una forma de educar pues es importante que los residentes de las comunidades en las que se trabaja expresen sus necesidades, pero también creen conciencia de las implicaciones de cada decisión de diseño, que también responden a un contexto y a un colectivo. Diseñar un proceso colaborativo implica, tal como expresaba Freear, saber realizar las preguntas correctas. Las expectativas de otro de los estudiantes eran “...*el poder ayudar lo más posible a la comunidad y cumplir con todas sus exigencias a la misma vez que aprendía.*” Este planteamiento también es interesante porque demuestra que se espera que sea un aprendizaje recíproco o un intercambio de conocimientos. El mismo estudiante expresó que aprendió “...*como manejar las exigencias de un cliente*” y “...*sobre materiales y la manera en que se construyen las cosas.*”



Ilustración 6: Proceso Participativo del segundo proyecto del Taller de Diseño Colaborativo

Algunas de las dificultades con las que se ha enfrentado el Taller de Diseño Colaborativo es el tiempo limitado de un trimestre para el desarrollo de un proceso participativo, de un proyecto que cumpla con los requisitos académicos establecidos por la institución y de una construcción de calidad que redunde en un beneficio para la comunidad. En una entrevista para la revista Entorno del Colegio de Arquitectos y Arquitectos Paisajistas de Puerto Rico, el arquitecto Andrew Freear fue cuestionado sobre la limitación de tiempo de un año académico para realizar un proyecto de diseño y construcción de gran envergadura en un lugar. Con relación en cómo funciona esto en Rural Studio, Freear (2012) expresó:

*“For design-build the students have, we have, a huge luxury of time, about two years... They officially have 9 months, but they really take 9 months to kick the design to a position where we feel comfortable for them to go forward; and then, for about another 12 to 15 months, they volunteer to build the building. That is the real reason for all of those things that you see, that is how they happen, because they volunteer. There is just no way we can do this in 9 months. We built the fire station in 20 months from conception to completion and that is incredibly fast anyway, but it’s an integrated process; it’s really important that they have the space and the time to achieve these kinds of projects.”*

Esto demuestra que es necesario un margen de tiempo mayor para que un grupo de estudiantes pueda culminar un proyecto de gran impacto para una comunidad. Sin embargo, en los proyectos de Rural Studio los residentes de la comunidad no participan directamente en la construcción, lo que podría acentuar su sentido de pertenencia con la obra y reducir este margen de tiempo. Sería satisfactorio que los proyectos se dividieran en fases, de manera que se delegue la responsabilidad en los residentes, sin dejar de aportar con una obra construida y con carácter finalizado.

Otra de las limitaciones del TdDC es el presupuesto con el que cuenta para la compra de materiales. A pesar de que se utilizan materiales reciclados y donados, en un clima húmedo, como el de Puerto Rico, es necesario obtener materiales que permitan una mayor durabilidad de la construcción. Si la comunidad no cuenta con los medios económicos ni la manera de obtenerlos, ninguna institución auspicia el proyecto y la administración gubernamental tampoco lo apoya, es difícil que trascienda. La meta a corto plazo, sin embargo, es que, aunque se construya un proyecto pequeño o temporero, sirva de herramienta de aprendizaje y se convierta en una aportación que ayude a la comunidad a continuar.

Finalmente, no siempre es posible coordinar para que la construcción se realice mano a mano con la comunidad por la incompatibilidad de los horarios de clases y los horarios laborales de los residentes. Uno de los estudiantes lamenta que *“...los residentes de las comunidades no se involucran en todas las etapas del proyecto”* y a otro le hubiera gustado *“...compartir más con la comunidad.”* Es necesario, por tanto, trabajar fuera de los horarios de clase y también sería

apropiado que los estudiantes del TdDC lleguen a un acuerdo con la comunidad de compromiso compartido tal como lo hace el Taller de Diseño Comunitario.

## **Reflexiones finales**

Han sido muchos los retos de los Talleres de Diseño Comunitario y de Diseño Colaborativo en Puerto Rico, pero también muchos los logros. Entre ellos, que sea parte de la discusión pública la necesidad de la colaboración entre residentes, arquitectos y futuros arquitectos en el diseño y construcción del entorno, para que las decisiones sean más democráticas y lo que se cree sea más sostenible. También, ha ayudado a que se estrechen los lazos entre la academia y la práctica. Sin embargo, esta toma de conciencia ha tomado tiempo. Por un largo periodo, el diseño social o comunitario era para la gran mayoría de los arquitectos y profesores en la isla sinónimo de un diseño pobre y de baja calidad. También, muchos de estos arquitectos pensaban que las decisiones de diseño arquitectónico y urbano debían ser tomadas solo por “profesionales”, y que los profesionales debían ser educados para realizar grandes proyectos, aunque no se pudieran financiar y terminaran en un cajón. Hasta ese momento, los ejemplos internacionales habían sido ignorados y la lucha de profesores como Quiles era casi solitaria. Sin embargo, cada vez son más los arquitectos que reconocen el valor del diseño social, luego de la crisis económica que ha afectado a Europa y Estados Unidos (por ende, también a Puerto Rico), y más aún después que el arquitecto chileno Alejandro Aravena ganara el premio Pritzker en el año 2016 por sus proyectos de viviendas asequibles. Los estudiantes de arquitectura están consientes y cada día más buscan colaborar en proyectos que redunden en un bien para las comunidades mientras aprenden en el proceso.

Es importante, llegar a acuerdos con las administraciones públicas para viabilizar proyectos en Puerto Rico y crear más talleres de alcance comunitario, pues son muchas las personas que lo necesitan. Estos talleres no deben limitarse solo al diseño y construcción si no a la investigación y a desarrollar estrategias para concientizar a los residentes de las comunidades de la necesidad de colaborar, equitativamente, para que nuestras ciudades sean más sostenibles y resilientes. En el 2017, luego de que dos huracanes destruyeran gran parte de la infraestructura de todo Puerto Rico y que miles de personas perdieran los techos de sus casas, es más evidente esta necesidad. También son muchos los estudiantes que han salido a la calle como voluntarios

para reconstruir las comunidades. Su aportación es fundamental, pero también que esto se pueda organizar desde la academia, que aprendan a hacer las preguntas correctas y que sus intervenciones no sean puntuales sino parte de una red que trascienda el desastre y sea una oportunidad de un desarrollo planificado sostenible y a largo plazo.

## **Referencias**

Arias Montes, J.V. (2012). Arquitectura Autogobierno 40 Años. *Archipiélago*. Vol 20. No 76

Bose, M. y Horrigan, P. (2014). *Community Matters, service learning in engaged design and planning* (P.3-13). New York: Earthscan from Routledge Taylor & Francis Group

Cotto Morales, L. (2009) *Proyectos del Taller de Diseño Comunitario* (folleto) Escuela de Arquitectura, Universidad de Puerto Rico

Freear, A. (2012). Entrevista de la edición *Entorno* (P.35-37). Año 7. Vol. 2

Quiles Rodríguez, E.R. (2009) *Proyectos del Taller de Diseño Comunitario* (folleto) Escuela de Arquitectura, Universidad de Puerto Rico

Schuman, A.W. (2006). *From the Studio to the Streets: Service-learning in Planning and Architecture* (P.8). Virginia: Stylus Publishing, LLC

Till, J. (2005). The Negotiation of Hope. En *Architecture & Participation* (P.41). London: Routledge